

## Mugre rosa y la novela distópica de Montevideo

Leticia Collazo Ramos



La novela *Mugre rosa*, de Fernanda Trías (Uruguay, 1976), ha recibido el premio Sor Juana Inés de la Cruz en la edición 35 de la FIL de Guadalajara, y el Bartolomé Hidalgo 2021 en Narrativa. La obra cumple con todos los requisitos de una novela distópica, cuyo contexto ficcional es Montevideo. El título conjuga la delicadeza que connota el rosa con la oscura repugnancia que causa el término mugre y produce la construcción de una imagen nueva: refiere a la producción de carne envasada a partir de extractos sucios del cuerpo de los animales de «olor rancio a gelatina de carne. Le llamaban mugre rosa y olía a sangre coagulada» (p. 49).

La ficción transcurre en una desdibujada pero reconocible Montevideo, y en un tiempo impreciso, pero notablemente cercano al lector. Aparecen espacios de verosimilitud como el Hospital de Clínicas, y una playa Martínez que refiere a la Ramírez. El mundo de la novela se divide entre los ricos que pudieron huir «afuera», aquí llamado «adentro», y los de Montevideo, que son catalogados por la madre de la narradora como «los desahuciados».

La voz del yo que narra, una mujer que sobrevive en la ciudad contaminada, tiene las intensidades psicológicas de los personajes lúcidos en medio del caos, y de las mujeres que se saben gestoras de su propio destino en un mundo adverso. Su búsqueda de respuestas está, de plano, condenada a la desesperación.

Desde el primer párrafo de *Mugre rosa* aparecen casi todas las notas distintivas de la narrativa distópica, estudiadas en textos como *Necesidad de la utopía* (1990), de Fernando Aínsa, *Arqueologías del futuro* (2015), de Fredric Jameson, o «De la isla a la frontera. La problematización del espacio en la ficción distópica» (2018), de Eric Villanueva Mir; el «ecocidio» dirá este último autor: el paisaje contaminado, afeado, la desidia social (la soledad extrema del ser humano) y el inminente caos urbano, entre otras notas propias del género.

La narradora sobrevive en medio de la inmundicia montevideana para huir a Brasil: mientras junta el dinero, cuida a Mauro, un niño obeso y olvidado por sus padres. Su compulsión a comer alegoriza los comportamientos de una sociedad atragantada de consumo y falta de afectos; tal vez, en él se recree el mundo que hemos perdido y contaminado, que reclamamos nuestro, pero rechazamos y llenamos de basura. En contrapunto, la autora maneja el tópico del hambre de muchos: la comida enlatada que escasea y la carne en extracto que produce el frigorífico del Cerro, en definitiva, la pérdida del alimento fresco y la carne en pasta que se vende como nuevo nutriente. Aquí, como en *Ensayo sobre la ceguera* (1995), de José Saramago, no solo el hambre tiene una presencia acuciante, sino también la mugre, que refleja la descomposición del mundo de pautas conocidas, y el advenimiento de una intolerable nueva era.

La estructura de la novela discurre entre recuerdos del yo que buscan el origen de la peste y de su presente y fragmentos de diálogos y recuerdos que sorprenden e interrumpen la fluidez diegética. El lenguaje transparente la angustia con claridad cotidiana, lo cual la vuelve más terrible.

El frío, la niebla, el viento sobre Montevideo son correlatos objetivos de lo putrefacto que se cierne sobre la ciudad. Los peces, los cangrejos, las algas son las primeras evidencias del colapso ecológico que recrea Trías. La podredumbre en tanto condición de la vida humana en un futuro impreciso y temible son presentados por la autora como aterradora posibilidad. Sin embargo, desde marzo de 2020 los acordes de esta novela nos resultan más que conocidos.

En *Mugre rosa* el Estado tiene un rol rotundo y autoritario, autoriza a los familiares escuetas visitas de media hora en un atestado Hospital de Clínicas; recuerda el confinamiento de los enfermos en un manicomio de la novela de Saramago. El hospital de Avenida Italia es el reservorio de enfermos crónicos como Max, expareja

de la protagonista, que eterniza su contaminación en una cama. La idea de poder visitar a los internados solo media hora es una de las medidas del Ministerio para preservar la *salud de los enfermos*.

La alarma que obliga a la reclusión cuando la niebla y el viento se ciernen sobre la ciudad representa la presencia de un Estado que confina a la población sin ofrecer otra solución. La tensión social se refleja en el totalitarismo, en una guerra contra un enemigo invisible, pero que somete a la pobreza y a la miseria a los habitantes de este mundo, y deshumaniza lo que queda de humanidad. El Estado aterriza tanto como la mugre rosa. Un nuevo Ministerio de Salud, como si fuera un «Estado paralelo» (p. 47) puede verse también como característico de las narrativas distópicas, tanto en *Fahrenheit 451* (1953), de Ray Bradbury como en *Un mundo feliz* (1932), de Aldous Huxley.

Un personaje que desaparece, como el de la madre, nos interpela desde hondas zonas de lo humano: el egoísmo, los lazos y las ausencias. Como contrapartida, el cálido recuerdo de Omar y Delfa, que cumplen las funciones parentales de crianza. En el trabajo de Omar y el recuerdo de los olores que operan en la narradora puede rastrearse el origen de la catástrofe ecológica que deviene en mugre rosa.

Los elementos distópicos recreados por Trías han cobrado, a la luz del los últimos dos años de pandemia, una lucidez desgarradora que obliga a estar alertas a la niebla, al viento, a todas las señales, y al Estado. En tal sentido, nos debemos su lectura.

Fernanda Trías. *Mugre rosa*. (2020). Montevideo: Random House. 276 páginas.